



Emílio Vilaró

*La historia de Omár
o el valor del agua*



La historia de Omár o el valor del agua

Reláta: El autor (es desconocido), de un cuento muy antiguo «El agua del paraíso».

Érase una vez un hombre llamado Omár que vivía en el pequeño oasis de Izmír.

Izmír, como usted seguro sabrá, es uno de los tantos oasis que se encuentran en la ruta de las caravanas en su camino desde el este hacia Bagdad. Pequeño, pero de suficiente importancia como para permitir la preparación de la última y más importante etapa, antes de entrar en la gran ciudad.

Al ser la última gran escala, permitía dar aviso de que pronto se llegaría, averiguar los precios

actuáles en el mercádo, dejár en el oásis los objéto ya innecesários o que podrían recoger a la vuélta y organizár la mercancía pára su vénta.

A pesár de que no éra el más cercáno de los oásis a la capital, Omár y Rashida, recibían várias caravánas al mes que venían a aseáirse, descansár, y preparáirse pára el tan esperádo fin de viáje. Éra la última gran paráda ántes de llegar a Bagdád.

Disculparéis que háya olvidádo decíros, que Omár trabajába pára su altéza el Sultán Solimán.

Permitiréis que póngá la máno derécha sóbre mi corazón cáda vez que mencióne su sánto nómbre, como sígno de cariño y respéto, hácia un gobernánte tan querído, amádo y respetádo por tódos sus siérvos, a cáusa del amór que siémpre había demostrádo por éellos.

Como os decía, el trabájo de Omár consistía en mantenér el oásis preparádo pára las necesidádes de los caméllos y de sus conductóres. Proveérles de água, sítio pára bañáirse, cobíjo y algún prodúcto frésco, de los cuales las caravánas no disponían.

Hacía múchos años. Izmír había sído úno de los oásis más frecuentádos, debído a su belléza, sus

frutos y la abundancia y calidad del agua, hasta que por alguna poderosa razón natural, el único manantial de agua que existía en el oasis se fue secando poco a poco. La inmensa mayoría de las caravanas dejaron de visitarlo por falta no sólo de agua, sino por la escasez de palmeras, higueras y otras plantas típicas de los oasis que daban comida, sombra y frescura durante su estancia.



El oasis en su época de abundancia de agua.

No os he explicado que Omár vivía en éste oasis con su esposa Rashída y su hijita Mára. Gracias a una sugerencia de su esposa, había conseguido el trabajo como guardián del oasis con el compromiso de arreglarlo, canalizar la poca agua que había y cuidar de las caravanas. En compensación, Omár recibía de cada persona y camello que venía al

oásis un pequeño págo, ésto le permitía vivír a él y a su família.



Los caméllos y sus guías, fuénte de visitas e ingresos del oásis

Péro, la verdadéra razón por la cual se habían enamorado del lugar, interesándose en hacer de él un verdadero hogar para ellos, y sus visitantes, permaneciendo en un sitio tan alejado y solitario, era que tanto Rashida como Omar compartían una gran pasión. El escuchar cuentos, leyendas e historias de tierras lejanas, en donde ellos nunca habían estado.

Permitídmeme que os lo explique.

Cuando las caravanas llegaban, y después del revuelo creado, a continuación de los interminables saludos, se procedía a dar de beber y de comer a los caméllos. Luego, la limpieza total del propio cuerpo y a la hora sagrada, las oraciones. Al oscurecer, la cena y el té a la menta fresca que

Rashída plantába y guardába con caríño pára ése moménto.

En ése instánte éra cuando después del primér sórbo de té, y con las siémpre amábles fráses sóbre la buena calidad de la ménta, el jéfe de la caravána comenzába a contár en detálle las anécdotas del viáje. Únas véces éran pequeñas histórias o leyéndas escuchádas, ótras éran los sucesos y percánces ocurridos duránte el viáje y únas más, los relátos de los sítios visitádos, péro siémpre sin excepción, con múcho caríño narrádos.

Después de introducír la história, el jéfe de los camelléros con un gésto, pasába la palabrá al miémbro de la caravána que más habilidád tenía en contárlas, o al que tenía úna mayór relación con lo ocurrido. Y siémpre acontecía que, la mejór aventura del viáje, la más originál história, o la de mayór pelígro, dába pié a que en ése moménto de la rúta, habían encontrádo, comprádo o cambiádo, ése objéto especiál que tánto estában buscándo pára llevárles a sus amigos del oásis de Izmír: Rashída, Omár y Mára.

La pequeña Mára, en brázos de Rashída éra la que siémpre saltába a recoger el regalo, ánte el gózo de los viajántes.

Por costumbre era el más viejo de los camelleros el que entregaba el presente a Mára, escondiéndolo un poco para prolongar más ese momento gozo.

* * *

Éran una familia feliz. Todos los miembros de las treinta o cuarenta caravanas que con regularidad pasaban por el oasis, sabían de la pasión que los tres tenían por las historias. Ya era casi obligado, cuando se encontraban varias caravanas en ruta, en distantes puntos del mundo preguntarse... ¿ya tenéis la historia para Omár y Rashída? O ¿Qué historia podemos contarles sobre este bordado de seda que hemos comprado en Samarcanda, Catáy o Cipángo?

Los relatos siempre tenían magia, misterio. «Las mil y una noches» de viajes acumuladas, permitían pulir y perfeccionar el relato de tal manera, que sus amigos del oasis siempre escuchaban la historia, varias veces preparada, contada, repasada, pulida, con las pausas perfectas y la entonación exacta.

Rashída y Omár se habían ganado el aprecio sincero de los comerciantes, por el tremendo cariño que a su vez ellos les demostraban, por el delicado cuidado y atenciones que les dedicaban durante su corta estancia en el oasis y por el esfuerzo que hacían durante las ausencias, para prepararles el

águ, los frútos sécos, el pan, el té y el cobíjo. Y cuando éra posible, también les ofrecía cárne, léche y quésu de cábra.

Con ésta mézcla de aprécio y simpatía por ámbas pártes, el moménto mágico de ésa priméra nóche en el oásis éra: por tódos muy esperádo y núnca fué defraudádo.

Después del regálo y la história, el finál de la nóche llegába cuando, con el bríllo de la lúna sóbre las palméras, las sómbras adueñándose del oásis y el fuégo como fóco de atención, Rashída bailába a su alrededór úna dánza córta, sencílla y bién preparáda, y al finál cuando desaparecía éntre los apláusos y rísas, sóbre la aréna se íban desplegádo las mántas, el fuégo se íba apagádo y el encánto de ésa nóche quedába pára siémpre grabádo en el álma.



Las apacibles nóches en las jáimas



Las palmeras y sus dátiles, susténto en el desierto

* * *

Péro Rashída y Omár notában con tristéza que mes a mes, año tras año, el oásis éra más tierra, la tierra éra más arena y la arena cáda vez más séca. No había suficiénte águá pára que las palmeras y ótros arbústos creáran úna barréra frén-te al desierto y permitiése dar algúnos frútos. Los dátiles, los hígos, los alméndros éran cáda vez más escásos y la hiérba éra cási imposible de encontrár. La ménta frésca que Rashída cuidába tánto, consumía gran cantidad de águá. Las cábras, abundántes en ótros tiémpos que proveían léche, quésos y cárne, éran cósa del pasádo.

* * *

Ésta história, no tendría más interés, y no os la habría comenzádo a explicár, si no fuése por lo que

ocurrió a partir de éste momento y ha sido la base de un relato durante muchas lunas contado.



* * *

Un día, como de costumbre, Omár estaba arreglando el oasis. Al mover unas piedras notó que debajo de ellas, la arena estaba húmeda. Comprobó que no se hubiese derramado algún líquido en ese sitio y al ver que no, comenzó a escarbár. Comprobó, muy poco a poco pero sin

lugar a dudas, que había más humedad de lo normal en ese lado apartado del oasis.

Con la ayuda de Rashida, un par de ancianos y un hombre herido que esperaba la próxima caravana para salir del oasis, lograron extraer la primera gota de agua. Durante días siguieron la veta del líquido, viendo qué dirección seguía la arena más húmeda.



Árdua labor al comienzo, pero cuando lograron conseguir un pequeñísimo flujo constante, la misma agua les abría el camino. Agua por aquí, gotas por allá, días y noches pasaron observando, limpiando, encauzando el agua, hasta que ya sin lugar a dudas, pudieron ver que tenían un

manantiál, úna fuénte acuífera que manába de las piédras. El água corría, se secába, volvía a salir, avanzába, se retorció por el camíno que le preparában.

¿Habrá suficiénte caudál pára llegar al estánque?

¿Conseguirá suficiénte nivél pára que pueda pasár ése montículo?

¿Se secará con el sol de mediodía?

¿Dispondrá de suficiénte água la fuénte, pára no agotárse en el veráno?

Los días que tardó ésa pequéña corriénte en llegar a la albérca fuéron mágicos. Cáda páso adelantádo, cáda trámo de acéquia añadída, éra un lógro que se celebrába.

¡Ah! Cuán difícil es, que el água de un páso adelante, cuándo hay millones de grános de arena sedientos, que ántes de dejárta pasár, le cóbran su páрте.

La priméra góta que debía llegar al aljibe fué esperáda con un silencio absoluto. El último trámo fué intermináble. Mára pára ayudár al água a hacér más rápido el camíno, con su dédo lo humedecía.

¡Mára no hágas trámpas le decía Omár sonriéndo!, el águá habrá llegádo sin lugar a dúdas cuando la priméra góta allí cáiga. El sonído que hízo al caer en el depósito, sonó como úna cascáda. Tóda el águá que hásta ése mométo habían probádo no valía. Éra la que aumentába las resérvas del Oásis la que contába.

Los ancíanos al bebér-la, dijéron que éra el águá más frésca y cristalína que jamás habían probádo.

Mára púso su dédo en la bóca con las priméras gótas y Rashída tomó un cuénco lléno de águá y regó con élla sus plántas.

Omár se reía, Rashída éra feliz. Muy feliz.

* * *

Pasáron los días, Rashída le recordó a Omár que trabajában pára el Sultán Solimán... Su Señor. Permitídme úna vez más, al mencionár su santo nómbre, que póngá la máno derécha sóbre mi corazón en señal de caríño y respéto. Y que éra su obligación informárle de cualquier noticia o cámbio importánte.

—Tiénes razón amáda mía, débo ir a presentárme ánte él, llevárle un póco de ésta águá pára que sépa que en éste, su oásis de Izmír vuélve a habér

múcha água, que puéde enviár, si lo deséa, más caravánas, mensajéros reáles, pequéñas patrúllas, sabiéndo que serán bién atendídos y mejór acomodádos. Y si Alá lo permíte, el año próxímo habrá más cábras.

Duránte los días siguiéntes preparó con cuidádo su viáje. La mañána de su partída cogió água recién salida del manantiál y llenó con élla úna preciósá botélla de vídrio, regalo muy apreciádo, traído désde el lejáno Egípto por úna caravána.

Omár núnca había vísto úna ciudád, si bién después de tántos relátos y explicaciónes se sabía de memória los camínos a tomár.

Hízo pócas parádas. Las indispensábles pára permitír alimentár y descansár a su caméllo. A pesár de éllo tardó cási úna semana en llegar a Bagdád.

La belléza de las vístas de la ciudád en la distáncia fuéron bréves. Omár quería llegar rápido, pára hablár con su ámo el Sultán...



Murállas extérnas

Al atardecer llegó frente a las puertas de la primera muralla, las cuales pudo atravesar con facilidad porque era la usada por los comerciantes, agricultores y gentes del pueblo.

Al llegar a la segunda muralla, los guardias lo pararon, pero debido a su larga explicación, a su simpatía y a la vehemencia del tema a tratar, lo dejaron pasar con una sonrisa.

Frente de la tercera muralla y en la puerta de palacio, se topó con dos enormes guardianes, los cuales le impidieron el paso y ni se molestaron en contestarle.



Omár al ver que no podía pasar, decidió permanecer junto a la puerta y durante toda la noche explicó una y otra vez a los inmutables guardiánes, la importancia de su misión y la necesidad de hablar con su amo el Sultán. A cada cáambio de guardia, las mismas explicaciones a los nuévos vigilántes, todo contádo várias véces, hásta los priméros albóres de la mañana.

Tántas véces repitió Omár su historia y con tanta veheméncia, que: ¡oh! Casualidad, ocurrió: el Gran Visír pasó cerca de la murálla y el jefe de guardia que había escuchádo repetidas véces la larga explicación desde el interiór, se la contó.

Éste a su vez prestó atención, y dándose cuenta del interés del reláto, ordenó que hiciésen pasar a

Omár déntro de palácio y lo mantuviésen
incomunicádo hásta que él, diése nuéva órden.

Cuando el sol comenzába a borrar las sómbras en
las murállas, el Gran Visír se presentó como de
costúmbre en la sála de audiéncias donde dos
véces al día, su majestád el Sultán escuchába a
sus súbditos e impartía justícia.

El Visír, hómbré influyénte, gozába de la amistád y
confiánza del Gran Sultán. Le comentó, que
deseába que escuchára a un súbdito con úna
história de lo más curiósa.

Úna vez los témas más importántes del día fuéron
abordádos y resuélto, el Gran Visír ordenó que
Omár se acercára a la sála de audiéncias.

Al ser las últimas hórás de la mañána, pócas
persónas quedában ya en el recinto y después de
úna indicación del Visír, Omár más pálido que la
lúna lléna, explicó con pasión, lo que a Bagdád le
traía.

Habló del águá, del águá y del águá, de su oásis,
de su labór cotidiána, de la nuéva fuénte, de su
família, de los caméllos y las caravánas, de los
cuéntos y de las lárgas veládas.

Empleó pára explicárló el mismo sistéma que usában los camelléros. Sacándo la história de las profundidádes del álma.

Al prolongárse la explicación de Omár más de los escásos minutos que úna audiéncia suéle otórgar, algúnos de los preséntes se acercáron más, pára interesárse por lo que ésta persóna, a tódas lúces de estaménto muy bájo, contába.

Al ver la sonrísá del Visír, siémpre al ládo del Sultán, hásta los sirviéntes buscában úna excúsa pára acercárse a escuchár lo que allí se explicába.

El silencio y la atención inusuál que el Sultán prestába a la história, hízo que el habituál murmúllo de comentários, consúltas, pásos, tóses... al instánte cesáran. Hásta las móscas dejáron de volár pára ver lo que allí pasába.

Cuándo Omár terminó. Con la miráda bája, se acercó a los piés del Príncipe de los Creyéntes y dejó allí la botélla que con tánto caríño guardába.

El Sultán la miró un instánte, y le preguntó.
—¿Qué habéis vísto de nuéstra ciudad?

—Náda Majestád, es la priméra vez que visíto úna, llegué anóche a la puésta del sol y he permanecído

al pié de vuestra murálla hásta que me ha sido permitída la entráda.

—¿Habéis comído o bebído algo?

—Sólo lo que del oásis he traído.

—¡Guárdias! Lleváos a éste hómbré dónde no puéda ver náda, ni hablár con nádie. Dádle de comér lo que quiera. De bebér: léche, júgo de frútas, péro ni úna góta de água. Lo volveréis a traér aquí a la puésta del sol y sóbre tódo, no crucéis con él ni úna sóla palábra.

¡El barúllo fué monumentál! Cuando el Sultán abandonó la sála, los comentários fuéron de sorprésa y enfádo total. ¿Cómo es posible que el Gran Sultán trate así a un súbdito tan leál? ¿Por qué lo enciérran en vez de agradecerle sus esfuérzos? La mínima cortesía indíca que se le debería ofrecér posáda y água. Los preséntes comenzáron a abandonár con rapidéz la sála, y se fuéron parándo a contárle lo sucedído a tódos los que a su páso encontrában.

La notíca corrió por la ciudád como el fuégo en un cámpo de trigo séco.

Las críticas, éran notábles, por el cariño que se esperába de su Sultán a cualquier súbdito, por la sencillez del encargádo del oásis y de la belléza y encanto de la história explicáda.

Los guárdias, que tántas véces habían escuchádo la história, al repetírla; fuéron los héroes de la jórna da.

* * *

A la hóra de la audiéncia de la tárde, la multitud entró en la sála pasádo los puéstos de guárdia sin que a tánta génte éellos pudiésen detenér. Los soldádos que llegaron momentos más tárde, sólo pudiéron hacér úna barréra alrededor del Sultán por si fuése menestér.

Las hóras fuéron pasádo, jéques, y embajadóres presentáron sus respétos, misiones diplomáticas fuéron despachádas, péro de Omár, ni las móscas, ahóra muy aténtas, sabían náda.

Murmúllos lejános que se íban aproximádo, demostrában que el motivo por el cual, tódos estában allí, al fin había sído llamádo.

Úna vez más, en preséncia del Gran Sultán, Omár se arrodilló esperádo su suérte.

El silencio, total.

—¿Si te pidiése que relatáses úna história, cómo la que contáis en el oásis sóbre ésta ciudád, qué me dirías?

—Gran Señor, póco podría contáros de úna ciudád que no he visitádo a ménos que me pidáis que la invénte.

—Si te ordéno que vuélvas a tu oásis a continuár tu labór, ¿qué pedirías?

—Sólo vuéstro permíso.

— Cuál es el água más frésca que jamás háyas probádo?

—La del oásis de Izmír, mi Señor, sin lugar a dúdas.

—Cuando vuélvas a tu cása, ¿qué história alégre contarás a tu espósa y a tu híja?

Omár bája la vísta y no respónde.

Te ordenó, que vuélvas al instánte a Izmír, úna patrúlla te acompañará un día de camíno. No te deténgas ni vuélvas atrás, ni hábles con nádie. Y

prepára cómo siémpre el oásis, hásta que recíbas mis ordenánzas.

Siléncio.

Cuándo Omár salió de la sala, el Sultán, como cuándo anunciába grándes acontecimíentos exclamó.

—¡Gran Visír! Ordéna a tu guárdia que acompañe a Omár por el mismo camíno por el que llegó hásta aquí. Que séa ésta misma nóche. Que la luz del día le cója léjos de Bagdád

Píde a tus guárdias que bájo ningún concépto déjen a mi súbdito desviárse de ésa rúta, que no le hablen, ni le permítan detenérse hásta que se encuéntré muy léjos de Bagdád, que no véa, ni óiga, ni sospéche que aquí en nuéstra ciudad tenemos la mejór água.

No quiéro que sépa, que cáda úna de nuéstras fuéntes, llenaría diéz de sus oásis. Si bién es ciérta: la fáma, belléza de nuéstrós ríos, embálses, aljibes y acéquias, no tiéne comparación con el amór de mi súbdito, hácia su tesóro, el água del desiérto. Así, no quiéro que úna persóna que tánto áma lo que tiéne, piénse que no aprécio lo que me ha

traído. Pára mí, tiéne más valór su botélla, que mil tinájas y cién fuéntes.

Por éлло, deséo que piénse lo que es ciérto.

Que en Izmír tódos tenémos un tesóro: el água.

Que yo téngo un fiél guardián, las caravánas a un amígo y a mí, su gésto me ha llegádo al álma.

La génte abandonó la sála éntre alégre y apenáda... Omár no había vísto el água de Bagdád ni tomádo el baño en la mañána, ni escuchádo sus cascádas, ni le habían contádo algúna história pára llevár a su amáda...

Péro tampóco había sído humilládo por su botélla de água.

* * *

Van pasádo los mése de torméntas. Las caravánas en ésta época no viéne. A pesár de éлло Omár y Rashída tiéne más trabájo que núnca. La aréna sepúlta água y árboles, el viéto rómpe rámas y cobíjos y bórra los camínos.

Un día, sin esperarla, llega la primera caravana de la temporada. La de un buen amigo que por primera vez, viene acompañada de soldados.

Viendo la indumentaria y porte de las personas que la acompañan, debe ser un viaje de gran importancia. Según parece se dirigen al lejano Omán.

Ellos ya tienen el oasis listo, para atender la siempre esperada, primera caravana.

Los dos saben cuán importante es esta primera visita. De ella depende, que la misma caravana a su vuelta retorne a Izmír y que durante su trayecto, cuando se encuentre con otras que ya están de retorno, les animen a visitar su oasis. Ahora con mayor razón, ya que tendrán más agua. Los dos ya disfrutaban sólo de pensar en la de veces que contarían el descubrimiento del manantial a las próximas caravanas que llegasen.

* * *

Todo ocurre como de costumbre. Primero el cuidado de los animales, luego la limpieza corporal, y después las santas las oraciones.

Sin embargo, Rashida como mujer, nota cierta discreción y «evasivas» cuando trata de hablar con

los diferentes miembros de la caravana. Supone que era a causa de la presencia de soldados y de un misterioso personaje que se había hecho poco visible.

Esa noche, después de la cena, bajo las palmeras y alrededor del fuego, el desinterés y la indiferencia mostrada durante todo el día se convirtió, en casi exaltación cuando el jefe de la caravana comenzó a hablar:

—Hace unas semanas, en nuestro pequeño pueblo cerca de Bagdad, habíamos comenzado a preparar como siempre, todo lo necesario para este viaje. Animales, equipos, enseres, mercancías con que comerciar, comida, agua y cobijos. Trabajo arduo, que nos impidió durante varias semanas estar al tanto de lo que ocurría en Bagdad.

Cuando una vez iniciamos nuestro viaje, y pasamos por delante de las murallas exteriores de la gran ciudad, los guardias nos preguntaron ¿hacia donde nos dirigíamos, y por qué camino?

Se lo indicamos y nos pidieron que antes de continuar nuestra ruta, el Gran Visir deseaba hablar con el responsable de la caravana.

La inmensa preocupación que demostré por el problema en que podía estar metido, me fué reducida, cuando el jefe de guardia me explicó que era cosa de dos horas y si lo deseaba podía permitir que mi caravana se adelantara para no perder camino.

Ordené a mis hombres proseguir y me presenté ante el Gran Visir.

Desearía pedirte, me explicó, ya que te diriges hacia el Oásis de Izmír, permítas que una patrulla de soldados preparados, te acompañen. Deben llevar al oásis a una persona importante, veinte camellos con carga, unos presentes y un mensaje.

Accedí con alivio. Sólo el pensar que tendría soldados acompañándome una parte del camino, me tranquilizaba. Tras esperar unas cuantas horas hasta que todos los miembros de la expedición se organizaron, iniciamos el camino hasta aquí.

Explicado esto, el jefe de la caravana se acercó al que debía ser, por su porte, un gran personaje, y con gran ceremonia, recibió de él, un documento.

Después de una semana de viaje, cúmplo lo que me ha sido encargado, al entregarte este mensaje,

ócho cábras y dos pequeños cabrítos, que nos ha sido muy difícil escondér durante toda la tarde.

Omár, con Rashída a su lado, aceptó temblando el pergamino lacrado, que el jefe de la caravana le entregaba.

Éste no se movió de su lado hasta que Omár rompió el sello.

Al ver la primera duda de Omár, y sabiendo su escasa capacidad para leer, doblando la rodilla tomó el pergamino y a su lado leyó.

A mi súbdito y fiel sirviente Omár:

Yo. Solimán, amo y señor del Oásis de Izmír.

Deséo canalizar las aguas del oasis, para que, en el plazo de un año, si hay suficiente agua, sea parada importante de todas las caravanas que desde el éste se acercan a Bagdad.

Pido que se preste la mayor ayuda a Taríp, mi fiel constructor de palacio, para que comience el estudio y ejecución de dicha obra, a la cuál según mis órdenes, deberá dar la máxima importancia.

Ordéno a Omár, mi súbdito, que al final de la obra, vénga a Bagdád con su esposa e hija, cómo mi invitado a palácio, a informárme y contárme, en la priméra nóche de su estancia, sóbre el água, la comída y las caravánas. Yo, con múcho placér, le enseñaré nuéstrs baños, fuéntes y cascádas.

Envío además, várias cábrs como muéstra de la confiánza que téngo, de que habrá suficiénte hiérba y água pára alimentálas. La más pequéña de las cabrítas, la négra, es pára la pequéña Mára.

Mára intentó levantárse, péro fué sujetáda con caríño por su mádre, ánte el reír de tódos los preséntes.

Por último devuélvo al Oásis, la botélla que se me entregó con el mayór tesóro de un desiérto, el água Ahóra lléna con el mayór de los tesóros de palácio, el perfúme de Azahár, pára que la priméra nóche de la llegáda de cáda caravána, se ábra, pára deléite de los que duránte tánto tiémpo han estádo auséntes de nuéstra pátria.

Pído a los diferéntes jéfes que váyan llegándo al oásis, que como ya es costúmbre, explíquen úna história que háyan oído. Y séa a partír de

ése momento, contar un relato por cada caravana que llégue, parte de la primera gran velada.

Yo. Solimán El Magnífico



El regalo del Sultán.

El jefe de la caravana sacó de una bolsa, la botella que Omár había llevado a Bagdad, la abrió un instante cerca del fuego y cuando vio que Rashida al recibir el aroma, se cubría los ojos para sentir con más intensidad el perfume, volvió a su sitio en el círculo y como tantas otras veces había hecho, tomó un sorbo de té y comenzó.

—Quiero esta noche explicar la extraordinaria historia de una botella de agua que se convirtió en

perfúme de azahár y de los diversos incidénte que ocurriéron duránte ése tiémpo pára que tal prodígio aconteciése.

Érase úna vez un hómbré llamádo Omár que vivía con su espósa Rashída y su hijíta Mára en el pequéño Oásis de Izmír...

* * *

FIN

Escrito éntre París y Omán

Inspirádo al leér en «El Institúto del Múndo Árabe» de París, úna explicación de úna fóto de un oásis. No recuérdó si lo que me interesó fué: lo importánte que es el dárle el valór que tiéne al água, o dárle importáncia a las cósas que pára ótras persónas tiénen valór.

Áños después, averigüé, que lo que había leído éra párté de un cuénto muy antigúo y de autór desconocido «El água del paraíso».

* * *

La mayoría de las fótos son de Omán

* * *

Por Emílio Vilaró

Éste documento está disponible en formato .PDF, .ePUB y .MOBI en nuestra página Web:

Mi blog literario

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciento cincuenta cuentos, relatos, ensayos, recetas y novelas en:

www.evifoto.eu

Comentarios a:

buzon@evifoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

Ésta obra está tildada, o sea: las palabras llévan la tilde (´), en el sitio donde la palabra tiene el acéto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas, podemos asegurár, que su lectúra, es la normal, y al leér así, no hay ninguna diferencia de pronunciación o sentido del habitual.

Si deséa saber los motivos, qué ventájas e inconvenientes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilmfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaciones a 1006w:

**2011-08-26, 2012-06-30, 2012-12-31,
2014-01-08, 2014-05-15, 2014-06-24,
2014-08-18, 2015-01-17, 2015-02-22,
2015-03-22, 2017-06-27, 2017-10-19,
2018-01-01, 2018-11-04, 2018-11-05,
2018-11-24, 2019-06-02, 2020-10-09,
2020-11-05, 2020-11-23, 2021-03-08,
2021-12-29**